

Jahuel: Valores versus rating

ANA MARIA DEL RIO

Como dice el profesor Rafael Sánchez, voy a tratar de ser lo más subjetiva posible, a ver si así digo algo.

No creo en la casualidad. Algo había interconectado en el universo que hizo que justo esos días, después de casi un año de permanencia en Arica, yo viajara, para otros quehaceres, y que Mario Zañartu me llamara, justo al llegar, sin saber si estaba o no en Chile. Y tuviera ese fin de semana sin compromisos anotados de ninguna clase.

La invitación al encuentro «Imágenes y Valores» en Jahuel sonaba paradisiaca. Un fin de semana, lejos del santiagal ruido, en diálogo con gente que trabajaba en el mismo potrero: el de la imagen. La invitación tentaba además con sonidos celestiales: «sin necesidad de emitir declaraciones, sacar conclusiones, ni delinear acciones, sólo enriquecernos con el diálogo». A algo así yo iba. Contra viento, marea y smog. Los vientos y las mareas eran todos del orden de Cronos y decidí olvidarlos con dientes y uñas, porque fui educada en eso de «el deber ante todo, el deber siempre».

Ya el juntarse inicial para la partida, en la estación Alcántara, sonaba a aventura. Conocía a Mario, el orfebre de todo esto. Pero hacía más de siete años que no nos veíamos. Como soy trágica, me decidí a verlo convertido en un patriarca emítidor de sentencias para el mármol, y un poco mal genio. Pero Mario estaba igual: la misma risa, los mismos ojos, las tallas buenas, la ironía de buena marca. Y el entusiasmo, invadiéndolo, como siempre. Conocí a Triana, el ángel de la guarda oficial durante esos días. Empezábamos bien.

El bus era de «los de Estados Unidos», con asientos blanditos, sin corazones grabados de «Pato y Miriam se aman» en los respaldos, un aire ferozmente acondicionado al Polo Norte y la sensación de que todo marcharía bien, que yo creo -después de extensivos

estudios con distintos materiales- proviene de la aleación de vidros polarizados, aluminio y alfombras, no sé, pero es rica.

Nos mirábamos un poco nerviosos, como buenos puercoespines que éramos, y pensé que si nos teníamos que dividir en ejércitos -siguiendo con la veta trágica- estábamos en desventaja: cuatro escritores «contra (felizmente la preposición fue falsa desde el principio) muchos» de la Tele, profesores, nuestro director estrella de cine, otro director, afamado en los Estados Unidos y ocho que yo creí al principio que eran de la «Intelligentsia» jesuita, doctos y acerbos, pero no; resultó por suerte, que eran de la inteligencia-sentimiento, un club mucho más difícil de ser miembro. También habían ido nuestro director estrella, Ricardo Larrain, y un director USA de videos «con contenido formador», Adán Medrano, que se preparaba, curioso, para asistir a un encuentro desconocido para él. Completaba la lista, Triana, una secretaria serena y amable como el mismo Jahuel. Nuestra llegada de noche, subiendo una cuesta desconocida para muchos de nosotros, donde en lo alto se veían brillar las luces de la hostería, fue como llegar a algo así como una meta en la vida.

El placer de estar entre humanos

Esa misma noche en medio de una opípara comida, nos presentamos y supe que estaba entre los «capos» de la programación, de la dirección de programas, del Consejo Nacional de Televisión, de todos los canales, «capos» también entre los escritores: Darío Oses y Gonzalo Contreras, cada uno con obras de eco.

Yo desde esa primera comida, me di cuenta que Mario había logrado el matz de ese encuentro. Predominaba la cordialidad, la soltura. No había desesperación por ser centro de mesa de nadie y se oía al vecino, costumbre muy rara en nuestra sociedad con-

temporánea. Era tranquilizador constatar que uno no estaba obligado a decir frases para el mármol, ni llegar a acuerdos, ni negociar colectivamente, ni achoclonarse en frentes de opinión, ni delinear terrenos de acción, ni aparentar nada. Comimos con hambre las exquisitas papas duquesa, un lujo que sale a relucir cuando no se está en casa. Era todo un disfrute y todos se prepararon para ello gozando de conocerse simplemente sin tener que mover las piezas ni de calcular los próximos movimientos. Puro y simple interés por el otro.

Al día siguiente, se hizo difícil entrar en la sala de sesiones. Todo el mundo tendía a quedarse eternizado en la conversa del desayuno, calentito, con brioches, mermeladas, risas.

Entramos. El tapete verde en U, semejaba mesa medieval. Y pensé que íbamos a un banquete, realmente: el poder escuchar las ponencias tranquilamente, conversar sobre ellas y sobre todo intercambiar puntos de vista nuevos, no probados, ni objetivos, ni necesariamente universales. La sensación de estar en grupo de afines se hizo muy fuerte y placentera. Jahuel ayudaba: suaves lomas bajando como ríos sembrados de arbustos y buganvillas apacibles. El alma se tendía para conversar, para soñar, para expresar en alta voz el placer de estar entre humanos.

Entre el espíritu y el rating

Algo insólito en los encuentros de

seres humanos contemporáneos: no hubo agresiones. Los problemas saltaron al tapete verde, inconfundibles, presentes, peores tomados con serenidad: imágenes y valores. La televisión, la escritura, el cine, el video, los comerciales, los cuentos. Cómo transmitir valores a través de ellos. Qué valores deberían transmitirse a través de la tele, órgano prioritario en la transmisión de valores. Qué valores se transmiten realmente. Antivalores. Qué valores recibe la juventud, la niñez. El problema de los papás que usan la tele como vólum para tranquilizar a los niños y poderse dedicar a otras cosas.

Y muchos temas más.

En general, saltó el problema que yo vi parecido al espíritu y la carne: «El espíritu está pronto pero la carne es débil». El espíritu sería la conciencia de que se deben transmitir valores constructivos, tendientes a una vida serena. Algo en lo cual todos estábamos de acuerdo. Y creo que también los que no estaban en Jahuel. Era fácil estar de acuerdo en eso. La carne era el famoso «rating»; el sondeo diario (y cada vez más puntual) de la capacidad de tal o cual programa de congregar las miradas. Es decir el éxito, la fama del programa. Era el vulgo, el mismo vulgo del siglo de oro español, ante el cual un Lope se inclina irónicamente «ya que el vulgo las paga (las comedias) es justo hablar en necio para darle gusto». Un problema no resuelto. Ni tampoco su corolario: la inserción de valores en programas a pesar

Integración entre empresarios y trabajadores

Chile ha podido llegar a niveles importantes de crecimiento económico y de desarrollo industrial y de productividad por la capacidad y valor de las personas de los trabajadores. No puede atribuirse este nivel general alcanzado de tan buenos resultados sólo a los empresarios. Ellos, sin los trabajadores, no habrían podido realizar sus proyectos, como tampoco sin esos empresarios se hubieran dado muchas nuevas oportunidades para los trabajadores. En esta mirada de futuro, se advierte

cada vez más necesaria, por esto, una verdadera, inteligente y respetuosa integración entre empresarios y trabajadores, porque separados o en contraste, y peor aun, en confrontación, no hay posibilidad de un futuro mejor para nadie.

† **Carlos Oviedo Cavada**
Arzobispo de Santiago

(De su homilía en la misa de San José Obrero, 1 de mayo de 1993)

